



Visitar museos

El mejor y más completo libro que publica el Museo del Oro son sus salas de exhibición y el principal material didáctico que produce el museo son asimismo estas salas.

Con frecuencia las personas llaman al Museo para saber si hay un libro que les permita conocer cómo vivían los taironas, por ejemplo, o los muisca, y que contenga fotos detalladas de los objetos producidos por las gentes de esas antiguas culturas. Existen libros así, pero ninguno puede igualar a las vitrinas del Museo, donde además de textos cuidadosamente seleccionados se muestran diez mil piezas originales (y en tercera dimensión, dirían los aficionados a los multimedios digitales). Si uno observa las piezas incluso



La mamá de Manuel le muestra el libro¹.

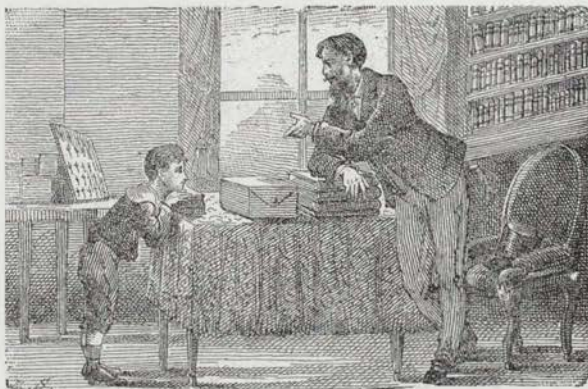


más allá de lo que dicen los textos que las acompañan, descubre que ellas son documentos fidedignos sobre cómo se vestían los taironas, qué animales tenían importancia simbólica en el mundo religioso de los zenúes, qué parafernalia llevaban en sus manos los sacerdotes y guerreros de los muiscas y mil otros aspectos de interés.

Las maletas didácticas que ha producido el Museo son un valioso material educativo puesto que con ellas los maestros pueden llevar al salón de clase no solamente cartillas y juegos sobre uno de diez temas de nuestro pasado arqueológico (*El trueque de los zenúes*, *El animal en el mundo calima*, *Los muiscas y su alfarería...*) sino también réplicas de orfebrería y fragmentos originales de cerámica y piedra que tienen cientos de años de antigüedad. Los niños

pueden tocar estos objetos, superando así uno de los inconvenientes que necesariamente tienen nuestros museos cuando deben garantizar la preservación de sus objetos originales. Dentro del Programa Pericles, colaboración entre la Policía Metropolitana de Bogotá y el Museo del Oro, grupos de policías bachilleres llevan y aplican las maletas en los colegios como una forma de indicar en la práctica a los maestros las posibilidades de este recurso educativo. Pero si alguien quisiera dictar una charla explicada con apoyos visuales, las vitrinas superarían probablemente a las diapositivas, al papelógrafo y al proyector de acetatos, puesto que ellas mismas garantizan un guiño coherente y proveen una infinidad de niveles de complejidad en su contenido.

Es posible que se requiera un entrenamiento para aprender a ver museos. Por una parte, hay que tener siempre presente que éstos son una de las propuestas de entretenimiento y cultura que es posible aprovechar en las ciudades; a la vez, hace falta aprender a detenerse a conversar e interactuar con cada pieza, a leer los textos; saber disfrutar el ambiente si fue bien logrado e inclusive criticar lo que no funciona bien. Lo esencial es poder disfrutar de un museo como se disfruta de un cine o de un buen libro. Actualmente, una gran parte del público adulto colombiano es aún muy ajena a la idea del museo como un sitio accesible y agradable, menos como una oportunidad siempre disponible. Muchos (¡muchísimos!) de quienes llaman por teléfono para conocer los horarios insisten en preguntar a qué hora es la función; existe el temor de que sea costoso o de no poder prever exactamente qué se va a encontrar dentro, como cuando se descubre que el restaurante al que entramos era muy caro y ya da vergüenza salir. La gran demanda de las visitas



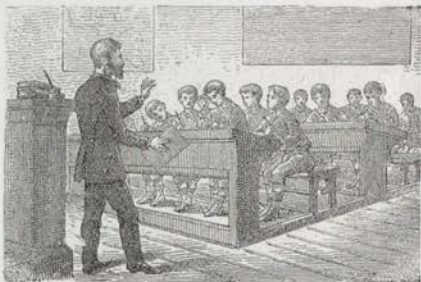
[Cuidado con tocar la cajita !]

guiadas en buena parte responde a que las personas no saben muy bien qué hacer solas frente a las vitrinas mudas y sus textos invisibles.

Para crear esa confianza que permite disfrutar de un museo como de un territorio conocido la visita escolar es un instrumento esencial.

Desde 1994 las leyes educativas colombianas recomiendan que los estudiantes no sean entrenados para memorizar y aceptar contenidos que se les entregan completos; deben poder enfrentar y resolver problemas por sí mismos, investigar, discriminar y formarse un juicio. Se promueve que los alumnos salgan del aula a sitios como los museos, donde el maestro ya no debe actuar como guía turístico que deposita el conocimiento en recipientes-niños; el papel del maestro y del museo es el de propiciar que el alumno construya el saber a partir de su conocimiento previo y de su propia capacidad creadora.

Conviene entonces preguntar: ¿la visita escolar está enseñando realmente a las nuevas generaciones a ver y a disfrutar sus museos? Nos referimos ante todo a los grupos escolares organizados, más que a quienes vienen solos y tienen tantas veces la misión de copiar todos los textos, lo cual no les deja el tiempo para ver las



El maestro explica la lección de escritura ¹.

vitrinas. En la hora o dos horas que pasan los muchachos en las salas de exhibición, ¿alcanzan a enamorarse del museo? ¿Logran que las piezas de orfebrería les hablen desde el interior de las vitrinas?

Desde que se instauraron los *Encuentros* mensuales con maestros, ha sido notorio el interés por parte de éstos por enlazar su labor en el aula con el recurso pedagógico del museo. También se han podido ver las dificultades que habría que aprender a resolver:

- ✦ El maestro mismo, por lo general, no es un experto en el tema que trata el museo ni tiene por qué serlo. Esto le hace difícil planear por completo la actividad de sus pupilos.
- ✦ La museografía no está diseñada para grupos de escolares. Éstos, aunque trabajen por grupos, necesitan tomar notas y hablar entre ellos, generando algún grado de inconvenientes para los demás visitantes.
- ✦ Los grupos escolares se definen muchas veces por la capacidad de un bus y son por lo tanto muy grandes. Los Centros Educativos del estado reúnen cuarenta niños y un maestro por aula. Hace años, la congestión se evitaba haciendo desfilar a los niños en fila india y orden de estatura frente a las vitrinas, sin hablar, ni tocar, ni detenerse. Pero esto ya no es posible.
- ✦ Los textos escolares no solamente no concuerdan con lo que muestran los museos en cuanto al tema indígena y precolombino, sino que con frecuencia incluso se contradicen.



Antiguamente los hombres habitaban en cavernas¹.

Generalmente un grupo escolar que no funciona es demasiado grande, intenta abarcar muchos temas a la vez, se compone de muchachos distraídos o cohibidos por ambiente o al contrario disipados e indisciplinados, sin saber a qué vinieron. La Oficina de Servicios Educativos del Museo y los maestros mismos trabajan conjuntamente en sus Encuentros para pensar y poner en práctica el grupo que sí funciona. Sus estudiantes pueden tener un conocimiento previo; por ejemplo, una preparación con videos o con Maletas Didácticas. Especialmente con estas pueden mirar y si tocar, y con ello aprender a observar y a cuestionarse: ¿qué es esto?, ¿a qué se te parece?, trata de describirlo con palabras, dibújalo, o inspírate en eso y dibuja otra cosa...



Al regresar a casa, Angel estudia las lecciones¹

Pero también cuenta qué idea inconsciente inculcamos y reproducimos sobre lo que es un museo. ¿Es un depósito de objetos aburrido y empolvado? ¿O un espectáculo dinámico, interactivo y placentero? ¿Es algo estático que vi de pequeño y al cual ya no hace falta volver, o un lugar siempre renovado que da gusto compartir? ¿Es un espacio abierto y fértil para la imaginación de los alumnos?

*Muy caro les cuesta casi siempre
a los curiosos la gana de saberlo todo.*



Leopoldo recibe
una estampa en premio
de su aplicación¹.

Ilustraciones tomadas de
Lecturas de Corrido por
G.M. Bruño. París 1932.